

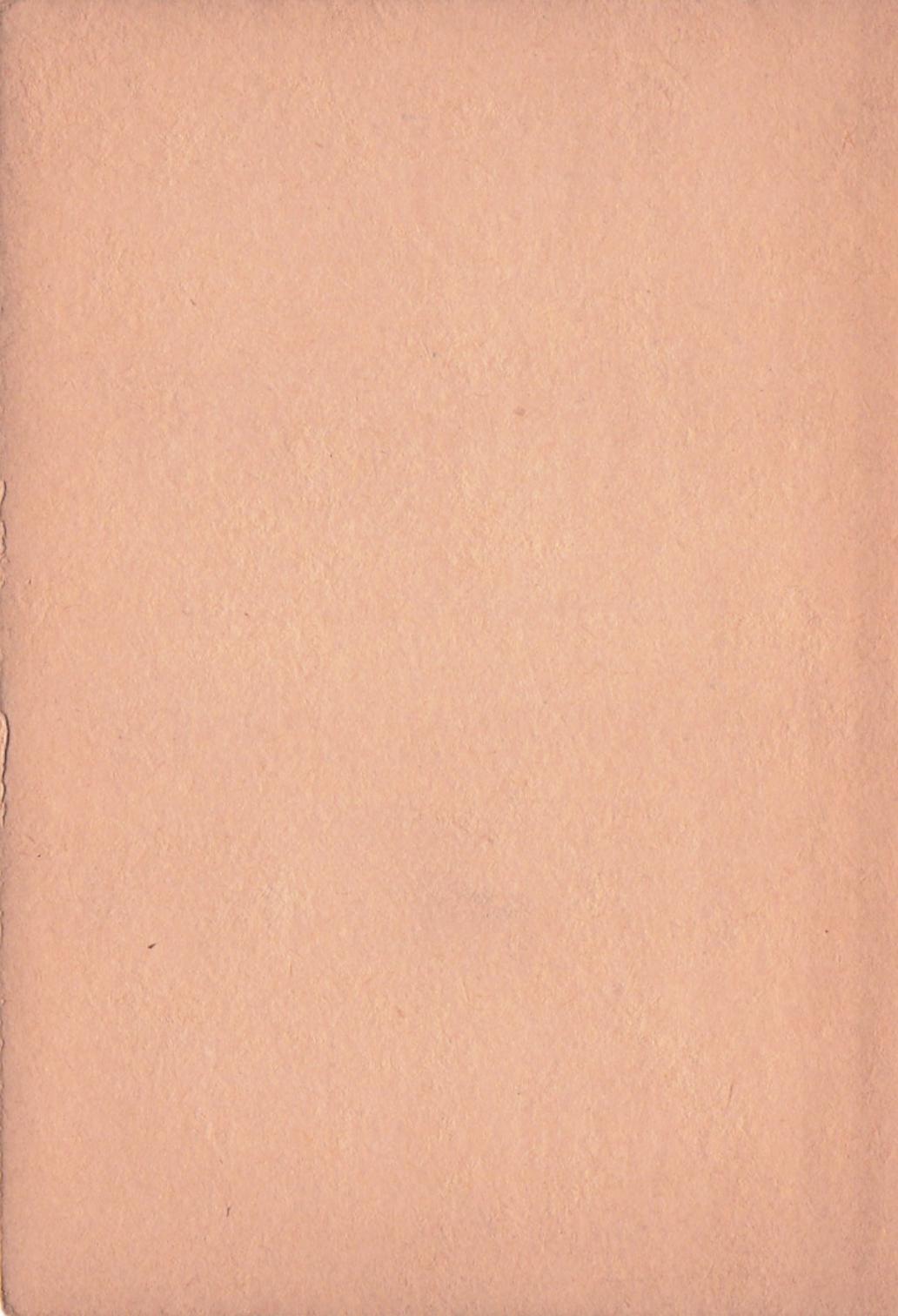


EL PADRE MASSA

*Forjador de
San Lorenzo de Almagro*

EDITORIAL AGUERRE

BUENOS AIRES, 1959



EL PADRE MASSA

Forjador de

San Lorenzo de Almagro

EDITORIAL AGUERRE

BUENOS AIRES, 1959

Cordialmente dedico estas semblanzas del inolvidable padre Lorenzo Massa a las tradicionales barriadas de Boedo y Almagro, que junto al buen sacerdote vivieron horas de lucha y de triunfos.

EL AUTOR,

JOSÉ M. OTEGUI.

EL EDUCADOR

CASI al finalizar el siglo pasado, lo que es hoy el actual y progresista barrio de la calle México, era en aquel tiempo el límite del sector poblado de Buenos Aires. Detrás de esa línea terminaban las casas y se extendían los hornos de Onetto; más allá, los desérticos campos de Guedes. Y como trasfondo de esta soledad, perfilándose en medio de la densa humareda de la Quema, se distinguía apenas la iglesia de Nueva Pompeya, en construcción.

Los primitivos y pintorescos tranvías de tracción a sangre, que arrastraban las cansadas mulas, acompañaban los cuarteadores y anunciaba el cornetín del postillón, se retiraron definitivamente a cuarteles de invierno, después de sus gloriosas campañas. En su lugar, el Progreso y las Luces habían impuesto el tranvía eléctrico, "Verdadero monstruo de velocidad" para la gente de aquellos años.

Esta máquina vertiginosa partía de Entre Ríos y San Juan. Por esta última corría hacia Boedo, y después de bordearlo, se dirigía a Flores por la calle Europa.

Barriadas bravas se consideraban las de Almagro y Boedo. El anarquismo era el plato fuerte para la gente obrera. Se trabajaba de sol a sol. Allí no había vacaciones ni licencia. La voz del patrón era ley que se imponía sin restricciones. Y es así como los abusos originaban el ambiente de violencia anárquica.

Ya en 1900 eran célebres las gavillas de barrios, compuestas por muchachos arrabaleros y carentes de toda educación. Como un típico recuerdo de su sicolo-

gía, se habla todavía de las guerrillas a piedra limpia entre los muchachones de las distintas cuadras y calles.

Los insultos a los transeúntes, los hondazos, los vidrios rotos, las pedreas a puertas y ventanas, eran otras tantas demostraciones de fuerza de esta muchachada rebelde e irrespetuosa.

¡Y justo allí los Padres Salesianos asientan sus reales! En un ambiente cargado de anarquismo y virulencia juvenil, ellos abren un Oratorio Festivo, adonde atraen a la niñez y a la juventud por medio de juegos y deportes. Asimismo les enseñaban la doctrina cristiana. Es práctica de una buena educación.

El Oratorio Festivo, creado por Don Bosco, el genial educador, ya había encarrilado a las rebeldes juventudes de Turín, Roma, Madrid, Berlín, París y otras muchas capitales. El mismo Lombroso, judío, socialista, y profesor de antropología criminal en la Universidad de Turín, había manifestado: "Declaro que la ley es impotente para contener el avance de inmoralidad en los niños. Aunque por principio estoy lejos de inclinarme ante una sotana, es sin embargo un hecho indiscutible que para formar una juventud honesta y morigerada, nada hay más eficaz que reunir a los niños los días festivos, entreteniéndolos en honestas diversiones, y dándoles, al mismo tiempo, lecciones de moral, como se hace precisamente en los Oratorios de Don Bosco".

El Oratorio Festivo de la calle México comienza de lleno su acción humana y educadora. Los inicios fueron duros. El medio ambiente de los chicos y de los muchachos era la rebeldía innata y la violencia pronta. Casi como vecino tenían los Padres Salesianos un centro de protestantes, y frente al mismo Oratorio funcionaba una Cooperativa de Consumos del Partido Socialista.

¡Tiempos de luchas eran ésos! Las conquistas de hombres y jóvenes a las propias ideas y doctrinas se hacían palmo a palmo.

Corriendo el año 1907, el padre Massa es destinado por sus superiores a las actividades del Oratorio de la calle México. Este hombre joven, sacerdote dinámico y sagaz, con su constante trajinar, con su visión clara y humana, dará al Oratorio de San Antonio un toque de gloria.

No es una gloria conquistada con la ciencia relumbrante ni con la fuerza de las grandes epopeyas. Todo lo contrario, el triunfo imperecedero del padre Lorenzo en la vibrante barriada de la calle México, lo fraguó día a día, mientras educaba esa muchachada insolente, pero de fondo bueno. Porque el padre Massa era por sobre todas las cosas un educador. Y el arte de educar es el aspecto más cristiano de la caridad. Es dar lo mejor que se posee.

Efectivamente, Lorenzo Massa, en contacto con el elemento juvenil de Boedo, aristas punzantes y en gran parte resentidas socialmente, les dio la bondad de su camaradería, la ayuda y la comprensión de su hombría, y, más que todo, la generosidad sin límites de su corazón.

El educador que había en el padre Massa afloraba constantemente al exterior. Educaba como sacerdote. Educaba como maestro. Educaba como hombre. En fin, un libro, un balero, una pelota de fútbol, eran en sus manos otros tantos medios eficaces para educar a la niñez y juventud de Almagro.

¡El fútbol! El progreso, no sólo introdujo en Boedo el veloz tranvía eléctrico y los otros adelantos técnicos. Nuevos gustos y diversiones foráneas iban disipando paulatinamente las viejas costumbres.

Es así como entre los muchachos de esta populosa

barriada empezó a cobrar cuerpo la afición por un deporte desconocido en nuestro medio.

Lo trajeron los ingleses, y en un principio sólo lo practicaban los jóvenes de las clases ricas. Era el fútbol. El mismo que con el correr del tiempo se convertiría en el más popular de nuestros deportes.

Los chicos y los muchachos hervían de entusiasmo frente a un balón. Cualquier lugar, fuesen las calles irregulares o las recorridas por las vías del tranvía, era para ellos una cancha. Allí formaban aguerridos cuadros, y con su entusiasmo incontrolado daban vida a esta nueva actividad deportiva.

El padre Lorenzo no se iba a quedar con los brazos cruzados ante el deporte de los ingleses. Una hermosa cancha, parejita, con sus arcos reglamentarios, cerrada y mejor cuidada, se convirtió, en las educadoras manos del curita Massa, en una prodigiosa varita mágica. Esa cancha del Oratorio Festivo de San Antonio fue una de las escuelas que mejores lecciones dio y mayores frutos de educación recogió en el barrio de Boedo.

El mismo curita Lorenzo daba el primer pique al esférico, y como un pebete más corría y jugaba. El sacerdote y profesor se hacía deportista entre los deportistas, y entre jugada y jugada corregía modales y groserías, limaba asperezas y arrancaba espinas.

Las populosas barriadas de Almagro llevaban en su seno una prodigiosa vitalidad. El elemento humano era rico en cualidades. Inolvidables son los cuadros dramáticos que formaba la romántica juventud de Boedo.

Sentían y vivían intensamente el arte vernáculo. Los clubes sociales eran numerosos, y aglutinaban grandes concurrencias en fiestas y bailes alegres.

Pero entre este rico conjunto humano se filtraban vientos de fronda. Los anarquistas batían ruidosamen-

te el parche. Algunos eran anarquistas hasta las últimas consecuencias, o sea sembrar de bombas la ciudad. Otros, más moderados, preferían largar una bombita de tanto en tanto. Hasta tenían una estrofa predilecta, que se cantaba con música del tango *Milonguita*:

¡Anarquía!...

*Si hay hombres que te hacen mal,
yo doy todo por ser tuyo
hasta en la guerra social...*

Del lado opuesto, Massa se encargaba de contraponer al odio, el amor. De suplir el egoísmo con la generosidad. En fin, el padre Lorenzo enseñaba a los chicos y muchachos que concurrían al Oratorio de la calle México, a ser hombres honestos y laboriosos. Y lo consiguió. Prueba de ello son los innumerables y ejemplares matrimonios que con el andar del tiempo crearon esos jovencitos revoltosos y buenos.

Esa cancha de San Antonio era fascinación para la muchachada de Boedo. Se la comían con los ojos. Soñaban con ella. Era la palestra adorada de estos nuevos caballeros del deporte. Massa se la facilitaba, a cambio de la clase de Catecismo y la Misa dominical. Al principio rezongaban estos rebeldes de corazón, pero luego aflojaban. Y así, entre refunfuños, sin que ellos se dieran cuenta, se hacían más cordiales y más hombres.

No todas eran ovejitas: de vez en cuando, algunos lobos se colaban en el redil. En este caso, la presa succulenta era el fútbol redondito y saltarín. Algún pillastre, en connivencia con un cómplice que estaba en la calle, le pateaba hábilmente el flamante fútbol por sobre el tapial, y huía por las calles sureñas. Detrás, en persecución, iba el padre Lorenzo a grandes zancadas para rescatar el mágico elemento.

Por eso que no todas eran rosas. Además de estas andanzas de vigilancia, muchas veces, especialmente con las célebres gavillas, hubo de tener trato de potencia a potencia. Y no era para menos. Siempre que estos vándalos podían hacer una incursión por el Oratorio de México e Independencia, la hacían. Pero generalmente se encontraban con Massa, que defendía sus dominios denodadamente.

Ante esta carga irresistible de cordialidad y dinamismo, cesaron en buena parte las influencias de las prácticas anarquistas.

El nombre de Lorenzo Massa se hizo popular en Boedo. Su presencia imponía paz y cordura. Muchos padres llevaron a sus hijos, para ser moldeados por las educadoras manos del padre Lorenzo.

El triunfo del padre Massa como educador se apreció en toda su magnitud en el velatorio de sus restos y en el funeral de la cripta de San Carlos. Las ofrendas florales inundaron el amplio templo. El ataúd del padre Lorenzo, muy bien se puede decir que se transformó en el fin de una verdadera peregrinación. Lo más emocionante de aquellos días luctuosos fue la despedida que se le hizo al sacerdote comprensivo y cordial en el extenso patio del Pío IX. Los rostros de los padres de familia, de los hombres maduros y de los jóvenes, sintieron correr por sus mejillas las lágrimas del dolor.

La figura del paternal salesiano quedó grabada a fuego en el recuerdo y los corazones de todos. Sus gestos de caridad e hidalguía los habían reunido allí, en el viejo San Carlos, para recordar tiempos de luchas y de triunfos.

El padre Massa se había ido para siempre. Sus amigos y alumnos, en triste y larga caravana, acompañaron el último viaje del maestro...

EL CURITA DE LA PATRIA

AL SER LLEVADOS los restos del que en vida fuera el padre Lorenzo Massa a la mansión de la paz, su cuarto del Colegio Pío IX quedó clausurado. Los Superiores dieron orden de que todo permaneciera como estaba. Y es así como sobre la cabecera de la cama del padre Lorenzo, pegada a la pared con un alfiler, pendía una banderita argentina de seda: la bandera azul y blanca, uno de los grandes símbolos rectores en la fecunda vida del buen sacerdote.

Amó a la Argentina, su querida Patria, como el que más. La Patria fue una de sus grandes razones. Por ella llevó a cabo magníficas empresas, para que la niñez argentina fuese plenamente argentina. Esta su devoción a la Patria es explícita muy bien, si se considera que el padre Massa había nacido en uno de los ancestrales cofres de la tradición argentina: Morón.

Ya desde el 1600 era Morón, ciudad del oeste, una posta más en el camino hacia Chile o el Perú.

Morón se consideraba como una de las últimas avanzadas de civilización: después de ella se extendía el desierto, testigo mudo de los sangrientos malones. De allí que esta ciudad de viejas casonas y pintorescos aljibes, fuera la etapa obligada de las tradicionales carretas que viajaban tierra adentro.

Era clásica la Virgen del Buen Viaje de Morón. Ante esta imagencita se hincaban y a Ella se encomendaban los pioneros que se internaban en el desierto, para abrir picadas de progreso.

Entre las apergaminadas crónicas de esta antañona ciudad del oeste se encuentra el hecho histórico de

la batalla de Caseros, librada dentro de sus límites, justo sobre el antiguo Palomar de don Juan Manuel de Rosas.

Es por ello que Morón, la de la larga data, la de las curtidas carretas, la de cuatro siglos de vida criolla y la de la Virgen del Buen Viaje, impregnaba e impregna a todos sus hijos con la tradicional savia de lo auténticamente criollo y argentino. Es por ello que el padre Massa fue un cura tan criollo y tan argentino.

Corriendo el año 1908, el padre Massa está presente en la reunión del club de fútbol *Los Forzosos de Almagro*. Los entusiastas integrantes, con su presidente, Antonio Scaramusso, estaban reunidos en una clase del Oratorio de San Antonio. En la oportunidad se trató, a sugerencia del padre Massa, cambiar el nombre de *Forzosos*, que daba la impresión de fuerza y atropello, por uno más comedido. Se inicia la discusión, y aparecen distintas denominaciones: “El Invencible”, “El Ariete”, “Cestos y Canastos”, etcétera. Por fin, Scaramusso impone silencio, y da su nombre, sin duda como homenaje al del padre Massa: SAN LORENZO DE ALMAGRO. La muchachada lo aprueba con entusiasmo y vivas.

Y es aquí donde el buen sacerdote, educador, maestro y patriota, enciende los corazones de esos obreritos con el fuego de la Patria, diciéndoles:

—El nombre de San Lorenzo nos recuerda la primera batalla librada por San Martín, y el gran triunfo obtenido por el general frente a sus granaderos a caballo. Este nuevo Club, teniendo presente el triunfo sanmartiniano, fruto de la disciplina, se levantará sin duda sobre una base incommovible, pues es la disciplina el nervio de toda institución. Hago votos para que siempre se aniden en el pecho de estos jóvenes el va-

lor y el orden, y que sobre sus frentes ondee siempre una bandera que con el nombre de SAN LORENZO DE ALMAGRO evoque en el tiempo estos dos pensamientos: *Dios y Patria...*

A pesar de que la mente de estos muchachos fuese un hervidero de entusiasmo e ideas para llevar adelante su nueva empresa deportiva, el padre Lorenzo, como buen pedagogo, no pierde la oportunidad para colocar como trasfondo de tan pujantes inquietudes, los ejemplos de nuestros héroes y la imagen señera del emblema de Belgrano. Hasta con el fútbol el padre Massa hacía Patria.

¡1910! Año del Centenario Patrio. El país todo se elevaba en una mística efervescencia. Cien años de historia pujante encontraban a los argentinos de entonces llenos de entusiasmo y amor a la Argentina. Este glorioso fasto se quería celebrar con todas las fibras de la Nación. Desde el más pobre municipio a la Casa Rosada, se convirtieron en centros organizadores de tan magno acontecimiento.

En este año, toda la persona del padre Massa vibró más que nunca por la Patria engalanada. Sus fuerzas y energías de hombre joven se abrieron en ardiente abanico, y abarcaron el amplio escenario de su acción para dar testimonio de la Argentina.

La clase, el púlpito sagrado, su Oratorio Festivo de San Antonio, la calle, fueron otros tantos escenarios donde el patriota y maestro sublimaba los corazones de los niños. Hombre activo y organizador, se dio íntegro en la preparación de los gimnastas.

Después de tanto machacar sobre los músculos de los jovencitos con marcha y contramarcha, con múltiples ejercicios, repitiéndolos hasta el cansancio, sintió Massa la alegría del triunfo. No era para menos.

¡Esas escuadras de gimnastas estaban tocadas con la más gallarda y criolla hidalguía!

Y llegó el día del desfile. Los días 22 y 23 de mayo de 1910, seis mil niños —de los que dos mil pertenecían a la Obra de Don Bosco, y entre ellos, varias escuadras habían sido formadas por Massa— hicieron vibrar las calles porteñas con su marcialidad. Luego se realizaron los desfiles y torneos de Palermo, que arrancaron los nutridos aplausos de la multitud.

¡25 de Mayo de 1910! El padre Lorenzo en este día no habrá estado ni un minuto quieto. Sus muchachos, junto con los de las otras escuadras de los colegios salesianos, desde temprano se hicieron presentes en la plaza del Congreso para cantar el Himno Nacional. Y ya desde las diez de la mañana, las distintas escuadras juveniles, precedidas por las excelentes bandas de música, empezaron el desfile entre el entusiasmo de la multitud. A continuación, esta magnífica falange ejecutó una serie de movimientos militares. Los prolongados aplausos del público rubricaron esta manifestación patriótica. El mismo monseñor de Andrea, frente a estos gallardos pechos juveniles, engalanados con la escarapela bicolor, exclamó: “¡La Patria hizo gala de su valor, venciendo con la debilidad!”

Seguramente, el sacerdote y el patriota, al recordar la marcialidad y la pujanza de las escuadras gimnastas, esos sus pasos de academia militar, esas sus marchas cerradas y disciplinadas, comenzó a dar vida en la imaginación a uno de sus proyectos geniales: la formación militar, si se quiere, y la cultura patria de nuestros muchachitos. Ocupar sus largos ratos de ocio con una inquietud formativa y de su agrado. Por años, este proyecto iba martillando en su mente febril e inquieta. Mientras tanto, siendo director del Colegio de San Francisco de Sales, formaba a los jóvenes, como

gimnastas, dándoles todas las posibilidades para que su entusiasmo se encauzara en la destreza de los ejercicios físicos y en las satisfacciones de los desfiles y de las demostraciones gimnásticas.

Pero Massa no podía con su genio, y quería hacer de estas sanas expansiones juveniles una verdadera institución. Y lo logró. Él pisaba terreno firme, pues continuaba con este nuevo proyecto los pasos de su gran maestro y padre, el genial Don Bosco, que ya antes de que Baden Powel fundara en 1894 su *scouting for boys*, él tenía por todo el mundo Oratorios Festivos, en los que se educaba a la niñez pobre de los suburbios.

El padre Lorenzo, con el auspicio de sus superiores, en el mes de agosto de 1915 vio colmado *el sueño*. Sus gimnastas se habían convertido en los Exploradores de Don Bosco. Regiamente tocados con los flamantes uniformes, esos muchachitos, en su mayoría obreritos, más que nunca se sintieron argentinos. La banda de música nada tenía que envidiar a ninguna de los institutos militares. Su primer capitán, el señor Ramón Cortés Conde, les dio marcialidad de granaderos. Hasta la muerte, este gran argentino, aun siendo jefe de policía, siempre estuvo junto a los Exploradores de Don Bosco.

Las clases de argentinidad que se daban a estos bisños soldados de la Patria, respondían a la más auténtica tradición criolla. Arrancaban de las fuentes más puras y verdaderas, las de San Martín y Belgrano. Massa se aferraba a estos nuestros mejores antecedentes, para formar patrióticamente a los obreritos del Oratorio de San Francisco de Sales.

Todo lo contrario de la formación laica que se impartía a los boy-scouts en la Argentina.

Las secciones de ingeniería, comunicaciones, enfermería, la banda de música, la vida de campamentos, las excursiones, eran otros tantos motivos de entusiasmo para los flamantes Exploradores de Don Bosco.

El embrujo de la virtud y del patriotismo del padre Massa se imponía a estos muchachitos, que desde temprana edad se consideraban defensores de las nobles tradiciones sanmartinianas.

Ya bien preparados y mejor uniformados, nuestros guapos criollos, los Exploradores de Don Bosco, desfilaron ante el presidente de la Nación, el 14 de agosto de 1915. Nuevamente, la Patria —la verdadera Patria y no la desfiguraba— desfiló encarnada en las tensas personitas de los Exploradores de Don Bosco, que orgullosa y disciplinadamente marchaban con paso firme. En sus miradas había destellos de cielo y grandeza. Ese día, la sotana del padre Massa habrá sido débil para contener la expansiva alegría del patriota.

Esta nueva institución se había organizado en nombre de Dios y de la Patria. Les dio el dinámico sacerdote a los Exploradores de Don Bosco, su *Ley de Honor*. Con ese resorte mágico, esta niñez crecía sana, en una educación moral y cívica. Se formaba en la religión de los antepasados y en los nobles sentimientos de patriotismo.

A los pocos días de inaugurarse el primer batallón, se fundaron los números 2, 3, 4, 5, 6 y 7, llevando a los muchachos de los distintos barrios la magia de su uniforme y de sus actividades.

Nuevamente, en 1916, la Patria tenía una cita de honor con Lorenzo Massa. Lo esperaba en el Centenario de la Declaración de la Independencia en el mismo escenario del hecho, en la provincia de Tucumán. En efecto, en 1916 se instalan los Salesianos

en el Jardín de la República, y el padre Lorenzo está al frente de los Hijos de Don Bosco. Ponen en marcha la Escuela de Artes y Oficios General Belgrano, en la calle Chacabuco 358 de la ciudad de Tucumán.

A pesar de las actividades propias del establecimiento, el activo director moviliza a toda la pibada del barrio con un vibrante Oratorio Festivo; y con un grupo de oratorianos fundó el infatigable patriota el batallón número 8 en la diminuta provincia de Tucumán, cargada con una enorme tradición de siglos. Por esas calles donde anduvo la gloria del brazo con San Martín, Belgrano, Laprida, Fray Justo y Alberdi, desfilaron gallardamente, en los cien años de vida independiente de la Patria, los Exploradores de Don Bosco de la muy noble provincia de Tucumán. Los plácemes de la prensa, de las autoridades, de las altas personalidades que habían concurrido al Centenario de la Independencia, premiaron el despliegue de actividades que realizó Lorenzo Massa en esa memorable ocasión.

Este sacerdote estaba hecho de un temple especial. No pertenecía a la categoría de los que se plantan con el "Arréglense como puedan". Se daba íntegro a todas las causas nobles, y más cuando estaba la Patria por medio.

Como un reguero de pólvora los Exploradores de Don Bosco se extendieron por toda la República. Toda casa salesiana fue sede de un batallón. Las grandes fiestas y conmemoraciones, ya sean nacionales, provinciales o municipales, contaron y cuentan con la gallarda presencia de los Exploradores de Don Bosco. A su paso marcial van sembrando optimismo. En la actualidad son más de cincuenta los batallones y centros, donde se cultiva el amor a la Patria y a la Religión de los mayores, que ciertos advenedizos quieren desdibujar con retorcidos sofismas.

Sus múltiples obras, sus abnegados trabajos, su fecunda pluma y su convincente oratoria, siempre tuvieron un tema, una intención permanente: *la Patria*. Por algo flameaba en el cuarto de este humilde religioso la banderita azul y blanca. Jamás claudicó ante ella, ni como argentino, ni como educador.

EL FUNDADOR DE SAN LORENZO DE ALMAGRO

CORRIENDO el año 1908, funcionaba en la calle Treinta y Tres y Quito una fábrica de canastos y cestos de mimbre. Cerca del establecimiento vivía Antonio Scaramusso, muchacho de diecisiete años. Bien fornido, de carácter viril, indomeñable, poseía las condiciones innatas de un jefe. En el barrio manejaba la batuta. La muchachada le era fiel y obediente. Trabajaba de pintor, y empleaba el tiempo libre en adiestrar a una docena de compañeros, en su mayoría obreros de la fábrica de canastos, en las prácticas del fútbol. Jugaban los partidos en el arroyo de la calle Treinta y Tres, entre México y Agrelo.

En la mañana del domingo 8 de abril de 1908, Scaramusso, frente a veinte muchachos —entre ellos, Luis Giannella, Federico Monti, Alberto Coll, Juan Monti y José Gorena, que con el resto formaban un grupo voluntarioso y de vanguardia, llegaron a las puertas del Oratorio de San Antonio, y se encontraron con el padre Massa. Scaramusso saludó al sacerdote, y le presentó a sus compañeros. Acto seguido, se entabló el diálogo siguiente entre el padre Lorenzo y el muchacho:

—Y, mi amigo Scaramusso, ¿qué es lo que lo trae por aquí?

—Ya puede suponerlo —dijo el joven, enseñando un fútbol que llevaba en las manos.— Venimos a ver si nos deja jugar un partido. Con estos muchachos hemos formado un club...

—Por lo visto, no tienen ustedes cancha, ¿verdad?

—Así es —replicó Scaramusso—; y por eso venimos a pedirle la del Oratorio, que es muy hermosa.

Ellos bien sabían que con la cancha vendría la obligación de la Misa dominical y la Doctrina Cristiana.

El padre Massa les manifestó que no había ningún inconveniente. Ya próximos al soñado field, el religioso, recordando que en un armario tenía un equipo de once camisetas, les indicó a los impacientes jugadores que lo esperasen unos minutos, y fue por ellas.

¡Cuál no sería la sorpresa de los muchachos, al ver en las manos del buen sacerdote un equipo flamante de camisetas rojiazules! La arrolladora máquina del actual *Ciclón de Almagro* tenía ya sus colores y empezaba a funcionar. Jugaron un partido con un cuadro improvisado esa misma mañana.

Lo importante es lo que siguió al encuentro: la asamblea del club, que gracias a la generosidad del padre Massa se realizó en una de las aulas del Oratorio. Una vez ubicados en el salón los asambleístas, el sacerdote se iba a retirar; pero ante la insistencia de Scaramusso, asistió a la asamblea.

Se abre la sesión. El presidente, que es Scaramusso, indica al secretario que dé lectura al acta anterior, y se oye:

“En la ciudad de Buenos Aires, 1º de abril de 1908, en la puerta de calle de la casa del señor presidente, se reunió en asamblea el club de fútbol *Los Forzosos de Almagro...*”

—¿Qué, qué?... ¿Forzosos de Almagro? ¿Qué es eso de Forzosos de Almagro? —interrumpió el sacerdote.

—Pues ¿qué ha de ser, sino el nombre de este club que hemos fundado?

—¿Y por qué ese nombre? A mí me parecería ver en él, sólo la expresión de la fuerza bruta... —observó el padre Lorenzo a Scaramusso.

—Con este nombre queremos dar a entender que no admitimos rivales —dijo el presidente.— No nos hemos reunido hoy para desaparecer mañana, como han hecho otros tantos clubes..., sino que queremos organizarnos y pedir de aquí a dos o tres años la filiación a la Asociación Argentina de Fútbol.

El sacerdote, después de esta declaración, se convenció de que se encontraba ante un grupo de muchachos que pelearían contra viento y marea por el progreso del club. Les hizo notar que la denominación de *Forzosos* sería un obstáculo para merecer la afiliación en la Asociación de Fútbol.

—¡Ah! Si es por el nombre —repuso Scaramusso—, creo que no ha de haber dificultad en sustituirlo por otro ahora mismo...

Vimos ya en el capítulo anterior la escena en que queda consagrado el nuevo nombre del club: SAN LORENZO DE ALMAGRO.

Desde esa tarde del 8 de abril de 1908, el entusiasta conjunto de muchachos, con Scaramusso al frente, alma y vida del nuevo Club, tienen ya un nombre que defender, *San Lorenzo de Almagro*, con sus colores azul y grana.

Como todas las empresas grandes, tuvo que recorrer el flamante Club, con sede en el humilde Oratorio de San Antonio, la espinosa senda de los principios, tejidos con dificultades y penurias. Y es en ese camino de sacrificio y aridez donde San Lorenzo de Almagro tiene un amigo y compañero inseparable: el padre Massa.

En 1914 se fusionaron las dos Ligas que dividían al fútbol porteño. En esa oportunidad, numerosos clubes afiliados conseguían inscribirse en la división intermedia de reciente creación en la Asociación Argentina de Fútbol. San Lorenzo no tuvo la suerte de anotarse en esa categoría, y con gran pesar hubo de hacerlo en la Segunda División.

El Ciclón de Almagro comenzaba a arremeter, y los estrechos límites de la Segunda lo aprisionaban. Con empuje, tesón y un juego arrollador pasa a la sección intermedia.

El 1º de enero de 1916, un nerviosismo general electriza a la inquieta barriada de Almagro y Boedo. Esa tarde jugaba San Lorenzo contra Honor y Patria, por el ascenso a la Primera División. El partido se realizó en la cancha del Club F. C. Oeste. Fue una tarde de honda expectativa. Después de un partido difícil, San Lorenzo de Almagro triunfa por tres a cero. La alegría y el entusiasmo alborotaron a Boedo. El Club de aquellos muchachos —*medio locos*, para algunos— ya se hallaba en la Primera División.

En esos días, el padre Massa vibró con las barriadas de Almagro. El triunfo se festejó con un gran banquete en el Colegio de San Francisco de Sales, y fue el homenaje del padre Massa al sublime esfuerzo de aquellos obreritos de la fábrica de canastos...

La gran aspiración del presidente, Antonio Scaramusso, era que San Lorenzo de Almagro tenía que poseer su cancha propia. Entusiasmos para concretar este anhelo no faltaban; pero tampoco estaban ausentes las infaltables dificultades.

El padre Massa tuvo conocimiento de las aspiraciones de sus imbatibles muchachos, y citó a Scaramusso. Como caído del cielo, el buen sacerdote le ofreció un

terreno situado en la avenida La Plata al 1700, de propiedad del Colegio de María Auxiliadora y de los hermanos Oneto.

El padre Lorenzo interpuso sus conocimientos y amistades, a fin de hacer más llevadera la empresa del field propio. El terreno en cuestión fue visitado por el infatigable presidente y demás autoridades. A primera vista, esa gran lonja de tierra, irregular y con marcadas sinuosidades, causaba pésima impresión. A pesar de esto, el ojo avizor de Scaramusso apreció la excelente ubicación del campo, que lindaba con la avenida La Plata. Se cerró el contrato de locación. El entusiasmo y optimismo hicieron el resto.

Palas, carretillas, zorras y herramientas a granel invadieron el terreno, y se comenzaron las obras de nivelación. El padre Lorenzo no quiso estar ausente en el esfuerzo, y colaboró con trescientos pesos.

Se tenía que techar las casillas para los jugadores. Los muchachos fueron a ver a *su curita*, y salieron con un respetable cargamento de chapas.

Cuando las dificultades se agrandaban y los problemas parecían sin solución, desde sus comienzos. San Lorenzo de Almagro siempre contó con el consejo acertado y la eficiente ayuda del padre Massa. La generosidad del sacerdote no tuvo límites. La canchita del Oratorio de San Antonio, las primeras y gloriosas camisetas azul y grana, las aulas para las asambleas, las ayudas oportunas, las donaciones en dinero, las gestiones por el terreno de la avenida La Plata e innumerables *gauchadas*, fueron valiosos aportes del gran salesiano para San Lorenzo de Almagro.

Hasta una vez debió interponer sus buenos oficios y relaciones para sacar a sus muchachos de la comisaría. Volvían de jugar un partido, allá por el 1909, en Palermo. Esa tarde perdieron los azul y grana.

No obstante, en el viaje de retorno en el tranvía cantaban a todo pulmón el himno de San Lorenzo. Suponemos que el guarda se encontró molesto, e hizo detener por un vigilante al primero que encontró. Indignados se bajaron los muchachos, no sin antes saludar *cariñosamente* al hombre de la maquina boleterá. Y siguieron al guardián del orden gritándole:

—¡Que lo largue! ¡Que lo largue!...

Este gesto de solidaridad les costó a todos alojarse por varias horas en la comisaría. Y merced a la intercesión del padre Masa recobraron la libertad los jóvenes infractores.

Lo más sublime en el hombre es la paternidad. El padre Lorenzo, como sacerdote, renunció a ella; pero espiritualmente tuvo un hijo: San Lorenzo de Almagro. Este Club fue para Massa su gran pasión y debilidad. Lo vio nacer, lo ayudó a crecer, lloró y gozó con él. De cerca como de lejos seguía la trayectoria del Ciclón de Almagro. Vivía intensamente sus victorias y sus derrotas. Los años 1933 y 1946, en que San Lorenzo se clasificó campeón, marcaron jalones de gloria para las barriadas de Almagro, para los *viejos* y para el padre Massa.

¡Qué triste fue la tarde del domingo posterior al entierro del sacerdote fundador de San Lorenzo!... Los jugadores de la gloriosa casaca azul y grana salieron al campo tocados de luto. Durante todos los encuentros de esa fecha, la A. F. A. autorizó un minuto de silencio por el padre Lorenzo, que tanto había comprendido a la juventud.

Y a los diez años de la muerte del padrecito Massa, su querido San Lorenzo de Almagro honra esta fecha

con el ya casi seguro título de campeón de 1959. Es que los viejos y los jóvenes no pueden olvidar al buen curita que desde el bronce nos muestra su figura paternal y amiga. Hasta después de muerto, el padre Lorenzo Massa sigue alentando la gigantesca empresa deportiva de los obreritos de la calle Treinta y Tres y Quito, del incipiente cuadrito de *Los Forzosos de Almagro*, convertido hoy, culminando su larga y magnífica trayectoria, en el glorioso CLUB ATLÉTICO SAN LORENZO DE ALMAGRO.

EL SACERDOTE OBRERO

AL MORIR en 1888 Don Bosco, el fundador de los Salesianos, el genial piemontés y el educador de cuño universal, legó para sus hijos espirituales su último testamento, sintetizado en tres palabras: "*Trabajo, trabajo, trabajo*". Y en esas filas de grandes trabajadores ingresó desde temprana edad el jovencito Lorenzo Massa.

En Bernal terminó sus estudios de filosofía y se recibió de maestro. Casi siendo un muchachito los Superiores lo mandaron a dar clase en la Escuela Agrícola de Uribelarrea, la primera en su género en la Argentina. Y justamente es allí donde enfrenta su primera prueba de fuego ese gran trabajador que fue luego el padre Massa.

Tales empresas para tales hombres. Al flamante clérigo le tocó actuar en los primeros años de la fundación de la Escuela Agrícola de Uribelarrea, en el 1900. Las características del terreno eran completamente negativas para la agricultura, pues la constitución del suelo no lo permitía, por falta de canalización y drenaje. De esta mala situación para el cultivo dio muy buena cuenta la laboriosidad constante e inteligente de los Salesianos —entre ellos, Lorenzo Massa—, quienes a fuerza de empujones de bueyes transformaron estas tierras en aptas para sembrar y cosechar. ¡Cuántas veces el joven clérigo Massa, con el agua hasta las rodillas, la sotana arremangada, trabajaba con pala en mano para facilitar el drenaje del agua o elevar la altura del terreno!

En Uribelarrea alternaba la clase con la docencia y práctica de la agricultura. Desde joven fue un fuerte yunque para el duro trabajo de los Salesianos. Entre estos grandes educadores y trabajadores no había minutos de ocio. Desde la mañana a la noche se trabajaba sin desmayo. Y este movimiento continuo y constructivo era una atracción irresistible para Massa. Por ser un gran trabajador, fue un gran salesiano.

Ya ordenado sacerdote, encontramos al padre Lorenzo en otra refulgente fragua del trabajo, el Colegio San Carlos, el primer instituto de Artes y Oficios del país. Allí la sotana está en continuo roce con las fresadoras, los tornos, las sierras, las linotipos y las máquinas planas, formando los futuros oficiales mecánicos, carpinteros y gráficos de la Argentina. Ésas eran arenas de lucha para Massa. Allí, donde la Religión y la Patria exigían duras fatigas, nunca estuvieron ausentes sus brazos y entusiasmos.

La Argentina necesitaba formación agraria, para incrementar así sus riquezas ingentes, y ahí, en Uribelarrea, se hace presente Massa. En San Carlos, entre los runruneos de las máquinas y motores, y la docencia de las clases, se ofrendaban al país técnicos argentinos. Y Massa en esta gestión estaba en primera fila.

Como si el trabajo de la semana fuera poco, atendía los sábados y los domingos el Oratorio de San Antonio. Sus frutos ya los hemos visto anteriormente. El descanso consistía para él en cinco horas diarias. ¡Había tanto que hacer!

Como premio a los afanes de las autoridades de Tucumán, que desde largo tiempo tramitaban la venida de los Hijos de Don Bosco a la provincia, en el año Centenario de la Declaración de la Independencia, en 1916, se instalan los Salesianos en el Jardín de la República. Para la nueva empresa se necesitaba un hombre inte-

ligente, fuerte, dinámico, de gran tacto social y mejor vocación de educador. Lorenzo Massa cargó con la gran responsabilidad.

A los cien años de su independencia, la Patria, fuertemente asentada en sus bases, tenía inquietudes de raudos vuelos. Día a día el ruido de sus industrias se hacía más potente. En la provincia de Tucumán, la industria de la caña de azúcar y sus afines, así como las innumerables que producía y produce su fecundo suelo, exigían una escuela de Artes y Oficios. El padre Lorenzo la pondrá en marcha en el local de la calle Chacabuco 364. Los obreritos estudiantes de Tucumán comienzan a hacer patria en los talleres de carpintería, sastrería, zapatería, tipografía e imprenta. A estas actividades de docencia técnica, el incansable educador y trabajador las acompañaba con un Oratorio Festivo que alborotaba a gran parte de la barriada tucumana, y con la de los Exploradores.

Todas las fundaciones son arduas, y sus principios, duros. El padre Lorenzo, como director de la Obra de Don Bosco en Tucumán, tuvo que afrontar muchas dificultades, sobrellevar las grandes responsabilidades, y asentar sobre la piedra sólida las múltiples actividades del Colegio General Belgrano.

Atendía las delicadas relaciones con las autoridades. Vigilaba e incrementaba el desarrollo de los talleres.

Era Superior del establecimiento, y muchas veces, por escasez de personal, tenía que hacer de cocinero, maestro, y a menudo, ensayar la banda de música de los Exploradores.

Mientras cuidaba la buena marcha de las clases y de la docencia artesanal, tenía que administrar hasta los centavos. Económicamente eran difíciles aquellos años. Esos chicos, más que comer, devoraban, y Massa, además de sacerdote, era un hombre de sensible

humanidad. A veces el lechero no venía, y los niños se quedaban sin el desayuno. Tres vacas compradas por el padre Lorenzo solucionaron el problema. Detalles como éstos, que eran numerosos, inmediatamente se expandían por Tucumán. Al saberlos, la gente admiraba cada vez más al hombre que minuto a minuto quemaba sus fuertes fibras, para hacer el bien a la niñez.

Ya a los tres años de estar en Tucumán se había ganado a la *élite* de la provincia, a la clase media, y más que todo, al pueblo sencillo y pobre. El nombre del buen sacerdote se pronunciaba con cariño y respeto. Se ganó el corazón de los tucumanos, con el trabajo y el arte de educar.

Gracias a la generosidad del señor Manuel García Fernández, sobre la avenida Mitre se levantó el grandioso Colegio de Artes y Oficios Tulio García Fernández, instituto que es una de las grandes glorias de la provincia tucumana. Su primer director, el que le dio el pujante impulso de obra que hace historia grande, fue Lorenzo Massa. Su experiencia, sus energías, su tacto y su gran sentido de organización los volcó ampliamente, para que esta nueva institución fuera orgullo de la Argentina.

Hasta 1929 permaneció el dinámico religioso en Tucumán. El mejor testimonio de su estada por el Jardín de la República es la emoción que suscita en los rostros de los tucumanos el nombre de Lorenzo Massa.

El dinamismo de este sacerdote no podía ser privativo de una provincia. De Tucumán los superiores lo mandaron a dirigir el Colegio de Artes y Oficios Pío X, de Córdoba.

La Ciudad Docta presenció por años sus arduos tra-

bajos, realizados con la mayor sencillez, sin denotar petulancia por sus triunfos. En el continuo trajín tenía la humildad del científico de laboratorio. Obraba y hacía el bien en forma anónima, inadvertida.

De aquí es mandado a la muy noble y leal provincia de Salta, la guerrillera del Norte. Como siempre, dejó recuerdos imborrables. Urgidos los superiores para cubrir puestos en los colegios del lejano Sur, apelaron a la generosidad de los que querían ir voluntariamente a esas bravas y hoscas tierras. El ¡presente! de Massa fue uno de los primeros. Y es así como los pliegues de su sotana con tierra de todos los caminos de la Patria serán golpeados por fuertes vientos sureños, allí donde se unen los dos océanos.

Llega a Punta Arenas como director de la casa salesiana. Le tocó actuar en territorio de Chile. Este hombre estaba hecho a las gestas sublimes, a las modalidades extrañas; y el cambio de clima —bien sensible, por cierto— y la gente desconocida no fueron óbice para el cumplimiento de su deber. Esas huracanadas tierras magallánicas se convirtieron en vivos testimonios de las labores múltiples del padre Massa. Y como siempre, también ganó la confianza y el cariño de los chilenos. No escatimó esfuerzo para educar a la niñez de la nación hermana. Tenía un mandato, y para él era perentorio. En esa misión en territorio extranjero, sus títulos de sacerdote, educador y argentino fueron y son todavía sinónimos de progreso y laboriosidad.

Patagones, Bernal y San Carlos fueron otros tantos y sucesivos escenarios de sus últimos trabajos, dinamizados por sus fibras gastadas, pero jamás vencidas.

Para este infatigable luchador, continuamente con sus alforjas llenas de obras y proyectos, la palabra descanso sonaba a herejía.

EL ESCRITOR

EN LA MAÑANA del 31 de octubre de 1949, el padre Massa no abrió la puerta del cuarto. Con curiosidad lo hizo el encargado de la limpieza, cuando notó luz encendida. ¡Y cuál no fue su sorpresa al encontrar al buen sacerdote acostado en el lecho! El padre Lorenzo dormía su último sueño. La muerte lo sorprendió sigilosamente durante el reposo nocturno. El corazón de este gran argentino, dinámico y emprendedor, dejó de latir repentinamente. Ya había dado bastante de sí a la Religión y a la Patria.

Su muerte fue el símbolo de su vida: cayó para siempre en la dura brecha del trabajo. El ambiente del cuarto denotaba la presencia de un incansable trabajador de la pluma. Libros, muchos libros, papeles escritos, fichas, resúmenes y monografías llenaban el recinto, el piso y los anaqueles de las paredes. Éste tenía que ser el fin del padre Massa: morir en cumplimiento de su última misión, quemarse en una ardiente fragua literaria y documental.

Ya desde el año 1942, las responsabilidades de la dirección y la organización no pesaron más sobre los fuertes hombros del padre Lorenzo. Se le encomendó una tarea de la cual fue siempre un enamorado: escribir.

A pesar de la vida múltiple y ocupada que llevó este sacerdote, nunca dejó de escribir, ya las memorias y pequeños folletos, ya las minuciosas crónicas de las distintas y numerosas fundaciones y directorados que ejerció. En mis manos tengo la "Crónica del Colegio Salesiano General Belgrano de Tucumán, años 1916-

1917-1918". En esas páginas resaltan la minuciosidad y la fidelidad de los datos y el dominio admirable de la lengua del inmortal Manco. Y todo esto, mientras ejercía la dirección del Colegio Belgrano. Ya hemos visto cómo ocupaba su tiempo en Tucumán; ahora, lo que no se puede explicar, es de dónde sacaba las horas el padre Lorenzo para llenar esas páginas con historia vivida. Constante fue su pasión por la pluma.

¡Lástima que sólo en sus últimos años se le diera plena libertad para dedicarse a la difícil tarea de escritor e historiador! Las obras que dejó, hablan bien a las claras de su talento de escritor.

Para la historia de la Congregación Salesiana en la Argentina, era una necesidad impostergable el documentar e historiar la extraordinaria vida de uno de esos emprendedores italianos que llegaron a estas tierras para infundirles grandeza y cultura: me refiero a la talentosa figura del padre José Vespignani. La actuación de este superior de los Hijos de Don Bosco abarcó un período de casi veinticinco años. Lorenzo Massa recibió orden de estudiarlos e historiarlos.

El escritor que el padre Massa llevaba metido en lo más recóndito de su sér, afloró pujante en esta nueva misión que se le encomendó. Se instaló en Bernal, y durante un año intenso trabajó en la recopilación de datos, en el estudio de documentos, en el ordenamiento de cartas, en los mil diversos testimonios e innumerables crónicas que se referían a la multifacética personalidad del padre Vespignani. Y después de doce meses de intensa labor entregó los originales a la imprenta.

En los comienzos del año 1943 apareció la *Vida del padre José Vespignani*. A través de sus casi 900 páginas, la pluma veraz y castiza de Massa describe las figuras de Roca, Sáenz Peña, Evaristo Uriburu e Hipólito

Yrigoyen, que tuvieron un trato personal con el padre Vespignani. Los difíciles momentos que sufrió el catolicismo argentino, ante las arremetidas del liberalismo, son enfocados con ecuanimidad. Las meritorias obras de los Hijos de Don Bosco, como la creación del primer Colegio de Artes y Oficios del país, el vetusto Pío IX, y la apertura de la primera Escuela Agrícola de la Argentina, en Urubelarrea, como también las numerosas obras similares a éstas que se desparramaron a través de todo el territorio nacional, son historiadadas con prodigalidad de documentos.

Massa, al sentarse frente a su máquina de escribir, era una conducta íntegra que se enfrentaba con los documentos y los hechos. Hacía historia, sin utilizar el *anti*, tan frecuentemente adoptado por muchos que se dicen historiadores.

La *Vida del padre Vespignani*, más que la relación de la fecunda labor de este superior salesiano, es un autorizado volumen, infaltable en la biblioteca de los argentinos que quieren estar seguros y bien informados sobre uno de los períodos más críticos de nuestra historia.

Después de esta obra, se da íntegramente al trabajo histórico. Un tema fascinante y con sentido de epopeya se deposita en sus manos. Tiene que escribir la historia de las Misiones Salesianas en La Pampa. Hay en ella una extraordinaria riqueza de material. Pareciera que esos hechos hubiesen sido realizados para la pluma de Massa. Se encontraba gozoso al extraer de los polvorientos papeles las gestas de los misioneros salesianos, para luego volcarlas en vibrantes capítulos. Y en esto trabajaba febrilmente. Su máquina no dejaba un minuto de teclear.

Bien lo describió hace pocos años el padre Raúl A. Entraigas, en un artículo titulado "La silla que ahora

nadie ocupa". A continuación transcribo un trozo del mismo:

"Era impresionante cuando el padre Massa estaba en el cuarto N° 21 —luego se cambió al 14, donde no da tanto el sol en verano—, verlo en los meses de canícula, a las 14.15 horas, inclinado sobre la portátil, escribiendo febrilmente sus largos capítulos sobre La Pampa, con un pañuelo mojado sobre la cabeza para refrescar algo las sienes, caldeadas por la fiebre creadora y por el sol que en esos momentos dejaba caer sus rayos despiadados sobre la superficie total de la ventana, que por eso tenía cerrada con un calor que ahogaba... Alguna vez le insinué buenamente:

"—Padre, no trabaje a estas horas; le hará daño.

"—¡Qué vamos a hacer! —decía sonriente.— Hay que terminar esto... Además, los superiores me han encargado este trabajo, y no verían bien que perdiera tiempo..."

La máquina de escribir fue el testigo más fiel de la laboriosidad del padre Lorenzo, en los últimos años. Para él no había invierno ni verano. Estudiaba y escribía a todas horas sobre La Pampa. Con el mismo entusiasmo de un joven, emprendía, a sus años, largos y cansadores viajes. Todo para tener contacto directo con la fuente fidedigna o el testimonio del tema que ardía en sus manos... Es por eso que sus capítulos saben a verdad histórica.

Este constante trajín y el cúmulo de material escrito y de documentos, ya habían formado el cerco fatal para su corazón. Y es así como el 1° de noviembre de 1949 no se oyó más el ininterrumpido teclear de la portátil del padre Massa...

